

VALERIO MASSIMO MANFREDI

SEIS LECCIONES DE HISTORIA

y otras incursiones en el mundo antiguo

CON ILUSTRACIONES DE DIANA MANFREDI

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



ÍNDICE

Ulises, el caminante moderno	9
I. Alejandro Magno: el nacimiento de un mito	33
II. Los verdaderos protagonistas de los idus de marzo	43
III. Los tesoros de Alejandría. Tecnología y ciencias en la antigüedad	51
IV. ¿El Imperio romano nació en un pueblo de Emilia?	59
V. Los templarios entre la historia y leyenda	69
VI. Por las rutas de los fenicios	91
 Un mensaje para los estudiantes.	 137
 El mundo antiguo ilustrado por Diana Manfredi.	 145
Notas	155

ULISES, EL CAMINANTE MODERNO

Ortezzano, agosto de 2015

Conferencia

«En el firmamento de Homero hay dos estrellas: Aquiles y Odiseo», nos cuenta un gran historiador.

Aunque, de algún modo, Ulises es superior al mismo Aquiles. Es ya protagonista absoluto de la primera de las vicisitudes homéricas: el rapto de Helena, el viaje a Troya para devolverla, el asedio y el plan que idea con la trampa que puede hacer caer la ciudad. Y además tiene un poema exclusivamente propio: la *Odisea*. Ahí vive aventuras absolutamente extraordinarias e increíbles.

Podemos decir que, después de Homero y Ulises, no se ha inventado nada en narrativa. Ulises es un explorador, un amante irresistible, un padre de un amor infinito, un amante que nunca olvida a su mujer (ni siquiera entre los brazos de una diosa), un aventurero, y el chamán que evoca las sombras de los muertos del más allá. Es, qué duda cabe, un personaje absolutamente increíble.

Pese a que la gran mayoría de los poemas del ciclo de Troya se ha perdido, en la época de Virgilio aún se podían leer en las bibliotecas romanas. El segundo libro de la *Eneida* es una recuperación del *Iliou persis*, es decir, *La caída de Troya*, uno de los cantares del ciclo. Un joven estudioso italiano, De Biasi, ha publicado recientemente un volumen fundamental sobre este tema. También yo, en mis novelas, he intentado narrar el arco vital de este hom-

bre: una vida que termina con un enigma literario que es quizás el más extraordinario de toda la historia de la literatura universal. Hablamos, claro, del misterio del «último viaje».

Sobre este mismo tema han vuelto recurrentemente muchos escritores y poetas. Primero, Eugamón de Cirene, cincuenta años después de Homero; luego, los grandes trágicos del siglo v: Esquilo y Eurípides, y también el gran poeta Licofrón de Alejandría, Virgilio, Dante Alighieri, Tennyson, Pascoli, Cavafis y, naturalmente, James Joyce. Yo he querido contar su historia en primera persona. Es decir, en una situación anterior a la evocación y a la distorsión obrada por los poetas, tanto los cortesanos como los callejeros, los rapsodas y los aedos. Un relato completo, desde su nacimiento hasta el último viaje.



En el primero de mis títulos, *Odiseo*, narré el episodio en que Ulises es huésped de la hechicera Circe. Él le pregunta: «¿Qué será de mí? ¿Volveremos a Ítaca? ¿Volveré con mis compañeros?». Y ella responde: «No estoy en condiciones de decírtelo. Debes evocar del más allá a la sombra de Tiresias, el profeta tebano, y él te contestará».

Es así como Circe enseña a Ulises el tétrico ritual de evocación de los muertos que sin duda estaba en uso en la época y que además fue utilizado incluso hasta la época romana. Entonces, cuando Tiresias llega del más allá, le habla: «Tú deseas el regreso, resplandeciente Odiseo, regreso que un Dios te hará amargo porque has cegado a su hijo y te has burlado de él sin piedad. Regresarás, sí, pero tarde y mal, sin compañeros, y encontrarás la casa invadida por pretendientes que acechan a tu esposa, y a todos los deberás eliminar a cara descubierta o a escondidas con el engaño, pero también entonces», y he aquí la segunda parte, el último viaje, «no podrás disfrutar de tu dulce esposa ni de tu querido hijo,

pues volverás a partir con un remo al hombro hacia el continente. Irás tan lejos que encontrarás gentes que no conocen el mar, no condimentan los alimentos con sal, no conocen las naves con mejillas de minio ni los remos que son las alas de las naves». Y concluye Tiresias: «Clávalo en el suelo, inmola al soberano Poseidón un toro, un carnero o un jabalí, y sólo entonces podrás regresar, y a ti, agotado por una serena vejez, la muerte te matará, dulce, procedente del mar. Te he dicho toda la verdad».

Es una imagen increíblemente fascinante. Así será al final la historia de Ulises. Es el último viaje. Ya el prólogo de la novela, en cursiva, está ambientado en el último viaje. Y luego, en el curso de toda la narración, tanto en el primero como en el segundo volumen, por doquier el lector encuentra una palabra o una frase en cursiva; deberá entender, entonces, que nos encontramos en ese mismo lugar...

Las tinieblas se tragan la escasa luz. El viento vuelve a correr por la llanura, gimiendo en la oscuridad, despertando largos alaridos de lobos. Lllaman nieve, nieve, nieve. ¡Qué noches tan largas! No acabará nunca. ¿Ha existido alguna vez la isla besada por el mar, silenciosa bajo la luna llena, perfumada de mirto y asfódelos?

Sin embargo, un día lejano nació un niño en la isla, en el palacio sobre el monte; era hijo único. No lloraba, pero enseguida trató de hablar, de imitar los sonidos aprendidos en las tinieblas del seno materno.

De igual modo, a muchos poetas y a muchos directores cinematográficos ha inquietado esta figura de Ulises, tan alejada en el tiempo. Y de muchas maneras ha sido representada.

Recuerdo una película de Franco Rossi, producida por la RAI, con dos protagonistas tan identificados con su personaje que des-

pués de ellos ha sido imposible encontrar a otros igual de convincentes. Recuerdo también una versión un poco embarazosa en que Penélope era interpretada por Greta Scacchi y Odiseo, un actor de televisión con el pelo largo y un poco de barriga que parecía una vieja tía. No doy el nombre, pero creo que nunca dos artistas han sido tan mal emparejados para interpretar estos papeles.

El hecho es que él, Ulises, es único, inimitable, irrepetible e inalcanzable. Él es el rey de Ítaca. No es fácil decir por qué, a treinta siglos de distancia. Dejemos, sin embargo, que sea él mismo quien hable:

—Madre, ¿cómo viniste bajo la sombra oscura? ¿Quizás Artemis aulladora te traspasó con una de sus flechas, o una enfermedad lentamente te ha consumido?

—No, hijo, Artemis aulladora no me ha traspasado con sus dardos ni una enfermedad me ha consumido lentamente, sino que el deseo de ti, hijo resplandeciente, me ha quitado la vida.

—Y mi padre, ¿dónde está mi padre? ¿Disfruta aún de sus privilegios? ¿Aún vive en el palacio?

—No, hijo, se ha retirado a la campiña, y una sierva sícu-la lo asiste. En invierno, se duerme sobre la ceniza aún cálida del hogar; en verano, allí donde lo atrapa la oscuridad un lecho de hojas lo espera, y suspira afligido por ti.

A mi entender, no es posible ir más allá de estas palabras, de estos versos. Este canto, en el undécimo libro de la *Odisea*, el de la evocación de los muertos, inspiró en su momento el sexto canto de la *Eneida* de Virgilio, que a su vez sirvió de base para el *Infierno* de Dante.

La triangulación Homero-Virgilio-Dante es extraordinaria. Tres titanes, tres gigantes, tres personajes de tal envergadura que uno siente vértigo. Desde que se compuso la primera historia de

Ulises, si bien no sabemos cuándo ni cómo ocurrió ni quién fue su creador, el personaje se ha reinventado, reciclado, deformado y distorsionado completamente casi en cada generación posterior.

El primero en recrearlo fue un poeta del siglo VII, Eugamón de Cirene. Escribe este autor una *Telegonía* con la que intenta dar continuidad a la profecía de Tiresias en el libro XI de la *Odisea*. Más tarde, los grandes trágicos del siglo V representan a Ulises como un criminal de guerra, el prototipo de los sofistas que usan la inteligencia para prevalecer sobre alguien más fuerte, piénsese en las vicisitudes con Ájax.

Luego hay un poema críptico del alejandrino Licofrón, al que alguien incluso ha definido como el Ezra Pound de la antigüedad, que lo representa en clave profundamente negativa. He oído a alguien en televisión declarar que Penélope no fue fiel a Ulises: se trata, en realidad, de una reinención de los siglos III o IV a. C. Todo esto no tiene nada que ver con el personaje de Homero, y, cuanto más avanzamos en la historia de la literatura, más encontramos nuevas interpretaciones.

Nos dice Dante:

Vi ambos litorales hasta España,
hasta Marruecos, la isla de los sardos,
y las otras que el mar en torno baña.

Viejos y lentos yo y los compañeros
éramos cuando llegamos al estrecho
en el que sus señales puso Hércules,

para que el hombre más allá no avance:
a mano diestra yo dejé a Sevilla,
en la otra mano había dejado a Ceuta.

—¡Oh, hermanos! —dije—, que por tantos miles
de riesgos ya llegasteis a Occidente,
en esta ahora tan breve vigilia

»de lo que en los sentidos remanece,
no queráis ya negaros la experiencia
de ir, con el sol, al mundo despoblado.

»Tened presente, pues, vuestra ascendencia,
no os engendraron para vivir cual brutos,
mas para ser virtuosos y sapientes.

Esforcé tanto a los compañeros,
con tan breve oración, para el camino,
que luego fue difícil contenerlos;

y vuelta nuestra popa a la mañana,
con los remos hicimos alas locas,
siempre avanzando por el lado izquierdo.

Del otro polo, todas las estrellas
yo veía en la noche; el nuestro, bajo,
ya no emergía del nivel marino.

Encendida y extinta, cinco veces
la lumbre se mostró bajo la luna,
desde que entramos en el arduo trance,

cuando asomó una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
como ninguna de las antes vistas.

Nos alegramos, pero volvió el llanto,
 pues un turbión nació en la tierra nueva,
 y él percutió de frente a nuestro barco.

Lo hizo girar tres veces en el agua;
 la cuarta, arriba le mandó la popa,
 y la proa le hundió, cual Alguien quiso,

y al fin se cerró el mar sobre nosotros.*

Sólo el puño de Dios puede destruir la nave del rey de Ítaca que está a punto de atracar en el más allá, desafiando a todos los peligros del universo.

Ulises es un personaje del que ninguno de nosotros puede prescindir. Si se hubiera perdido este maravilloso canto de Homero, no tendríamos a Virgilio, ni a Dante, Tennyson, Pascoli, James Joyce, Constantino Cavafis, Arturo Graf o tantos otros.

Pero ¿cómo es posible que esté dotado de tanta fuerza? El motivo es que, por una combinación de sinergias, de energías secretas y poderosas, ha salido a la luz un personaje, no sabemos si ficticio o verdadero —yo creo que es verdadero—, en el que toda la humanidad, a lo largo de todos los siglos, se ha visto reflejada.

Ulises no es un monolito, como Aquiles. Es un hombre, incluso un hombre frágil, puede ser víctima del pánico, huir como un cobarde o batirse como un león en primera fila. Él, que adora a su esposa y desafía cualquier fuerza del cielo, de la tierra y del mar con tal de regresar, tiene muchas amantes, como cualquier marinerero, en lugares misteriosos, remotos, en los confines del mundo,

* Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, traducción de Ángel J. Battistessa, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1979.